

te al obispo de Antioquía; y el acusador fue condenado á azotes y al destierro en castigo de su calumnia. Mas el ambicioso patriarca de Constantinopla que acababa de ver á todo el oriente sometido en cierto modo á su jurisdiccion, se arrogó el título ofensivo de obispo universal. Cuando el Papa Pelagio supo este hecho, escribió á Constantinopla anulando por la autoridad de San Pedro las actas de este concilio, y prohibiendo á Lorenzo, sucesor de San Gregorio en la plaza de legado, concurrir á los oficios con Juan el Ayunador (1). No pasó entonces la cosa mas adelante, porque otro negocio mas urgente llevó á otra parte la atencion de la Cabeza de la Iglesia.

44. Celebró la paz con los lombardos el Exarca de Ravena (así se llamaba ya algun tiempo antes el principal oficial del Emperador en Italia); y el Papa Pelagio utilizó esta ocasion para conferenciar con los defensores cismáticos de los tres capítulos, porque no habia podido verificarlo hasta entonces por el estado deplorable del norte de Italia, y por las continuas hostilidades. Exhortó á los obispos de Istria á que tornasen á la unidad: demostróles que carecian de todo pretesto plausible para resistirse: que á escepcion de su corto número, todos los obispos latinos habian tomado el partido de la sumision: y que este ejemplo debia serles de mas persuasion, por quanto antes de darle habian reconocido con toda la madurez posible que el quinto concilio en nada perjudicaba ni se oponia al de Calcedonia. Añadia, que lo que al princi-

(1) *Gregor. M. lib. 4. Epist. ep. 36. et 38.*

pio habia podido ser legítimo, ó á lo menos disculpable respecto del gran número de occidentales, era hoy sobremanera digno de reprobacion en un corto número de indóciles que criticaban la conducta de la Iglesia. Dirigió San Gregorio la pluma del Papa para escribir estas exhortaciones á los obispos de Istria. No surtieron sin embargo efecto alguno, y la obstinacion de estos prelados dió mucho que trabajar á Gregorio durante el curso de su mismo pontificado; y hasta mucho tiempo despues no se apagó este cisma, que fue desvaneciéndose insensiblemente. Fueron las últimas del Papa Pelagio estas obras de celo, pues murió en Roma de una enfermedad contagiosa el dia 8 de Febrero del año 590, despues de haber ocupado la santa Sede once años y poco mas de dos meses. Era tan caritativo, que hizo de su casa un hospital para pobres ancianos.

45. Aumentábase entretanto cada dia la estimacion y amor de los romanos al arcediano Gregorio; del que ya en el pontificado de Benedicto habian dado pruebas muy notables (1). Al pasar un dia el Santo por el mercado de Roma, se admiró de ver la blancura extraordinaria y la hermosura de algunos esclavos ingleses puestos en venta: preguntó al mereader, si aquellos infelices que tanta compasion le causaban tenian á lo menos la dicha de ser cristianos. Habiéndole respondido que no, dijo suspirando: *¡qué lástima que una nacion tan favorecida de la naturaleza esté bajo del poder del demonio!* Y sin mas dilacion

(1) *Joann. Diac. cap. 21.*

corrió á verse con el Papa Benedicto, y le propuso enviar obreros evangélicos á la Gran Bretaña, suplicándole con las mas vivas instancias que le nombrase por uno de ellos para alentar á los demás; pues sin esto, ninguno emprenderia tan peligroso viage. Convino en ello el Pontífice, aunque con gran dificultad; mas el pueblo romano agolpándose al oír esta noticia y cubriendo el camino por donde el Papa iba á San Pedro, principió á gritar: *Vos ofendeis al Príncipe de los Apóstoles, vos causais la ruina de Roma, si permitis partir á Gregorio.* No era todavía diácono el Santo, sino solo encargado de su ministerio. El Papa envió prontamente correos para que regresase, y solo á tres jornadas de la ciudad le alcanzaron: tanta prisa se habia dado en su viage, receloso de los acontecimientos que en efecto se verificaron.

46. Igual fue por la exaltacion de Gregorio el deseo de todas las clases de ciudadanos, cuando vieron vacante la Cátedra pontificia; y así fue electo con unánime consentimiento del clero, del senado y del pueblo. Procuró inútilmente hacerse creer indigno de este puesto (1). En vano interesó vivamente á sus amigos, representándoles con lágrimas los riesgos á que esponía su alma entrando de nuevo en un mundo, que no habia abandonado sino despues de haber conocido por su flaqueza la imposibilidad de lograr en él su salvación. Consistia su último recurso en el Emperador, que sabia le amaba tambien singularmente. Escribióle del modo mas propio para ganarle y suge-

(1) *Joann. Diac. lib. 1. cap. 39.*

rirle un medio tan simple como seguro, á saber, que no aprobase la eleccion. Pero habiendo entrado en sospechas Germano, prefecto de Roma, previno al Emperador, quien bendijo mil veces al cielo por haber hecho recaer los votos sobre aquel á quien él mismo hubiera elegido. Envió con la mayor presteza las cartas que contenian la órden para proceder á la consagración.

47. Sabedor Gregorio de los pasos del prefecto, y no aguardando de la corte mas que una respuesta contraria á sus deseos, determinó huir; empero tambien se le habia obstruido este efugio colocando guardias á las puertas de la ciudad. Disfrazóse no obstante, metióse en una cesta de mimbres, y se hizo conducir por unos mercaderes. Anduvo oculto por los bosques y cavernas por espacio de tres dias, que fueron un tiempo de desolacion para el pueblo romano, mas inquieto y acongojado por esta huida que por todas las hostilidades de los lombardos. No cesaron en este intervalo de ayunar y orar con lágrimas y gemidos, hasta que el cielo con indicios milagrosos descubrió al fugitivo, que fue preso y conducido á Roma. Temió entonces que si se resistia mas tiempo se opondría á las órdenes de la Providencia Divina: fue consagrado en la iglesia de San Pedro el dia 3 de Setiembre del año 590, y ocupó la silla trece años. Mostróse inconsolable por el peso que se le habia impuesto, y se quejó á sus amigos de viva voz y con cartas muy sensibles. Entre otros escribió á la Princesa Teotista, hermana del Empe-

rador, diciendo (1), que le habian vuelto al siglo con pretexto del episcopado: que tenia mas negocios temporales que cuando era lego: que la alegría y el reposo habian finado para él: que una elevacion aparente no servia mas que para hacerle menos virtuoso, y por consiguiente mas despreciable: que despues de haberse visto en el colmo de la felicidad humana, libre de temer y de desear ninguno de los objetos de este mundo, se veía de repente abismado en los mas tristes temores y sobresaltos, temiendo en extremo, „sino por mí, dice, á lo menos por aquellos cuyo padre comienzo á ser. Ya el tumulto de los vanos pensamientos, añade, es causa de que cuando quiero entrar en mí mismo despues de los negocios, veo el camino cerrado y mi interior es extraño á mí mismo. Debe tener mucho escrúpulo sin duda el Emperador de haber hecho imponer un ministerio tan grande á un sugeto tan mediano.”

48. Rependiéndole amigablemente Juan obispo de Ravena, por haberse ocultado huyendo del pontificado, aunque lo merecia tanto, opinó el Santo que el mejor modo de responder á esta reprehension era esponer toda la sublimidad y estension de las obligaciones pontificias. Escribió su pastoral con este fin, obra tan respetada siempre en toda la Iglesia. La divide en cuatro partes: la primera sobre la vocacion al episcopado, ó sobre las disposiciones necesarias para abrazarle, cuales son las virtudes de todo género, la superioridad de luces, la constancia y fortaleza,

(1) *Gregor. M. lib. 1. Epist. ep. 5.*

el amor al trabajo, y sobre todo la esencion de una infinidad de defectos figurados por las impurezas legales, que en la ley antigua escluían de las funciones del sacerdocio. Tratan las dos partes siguientes del modo con que el pastor llamado legítimamente debe cumplir el ministerio que no ha buscado; y en el principio explica en general como debe consagrarse al consuelo y alivio del prógimo, y despues individualiza en la tercera parte, como ha de proporcionar sus instrucciones á la variedad de los lugares, de los tiempos, de las diferentes personas y de las disposiciones sucesivas de un mismo sugeto. Suministra la última parte al mismo pastor los preservativos contra la corrupcion de aquellos mismos que quiere curar, y contra el veneno aun mas contagioso del orgullo. Esta obra fue desde entonces tan estimada, que el Emperador Mauricio quiso tener una copia; y Anastasio, patriarca de Antioquía, la tradujo en griego para el uso de las iglesias de oriente.

Cinco ó seis meses despues de su exaltacion tuvo Gregorio por el mes de Febrero un concilio en Roma, de donde envió sus cartas sinodales á los cuatro patriarcas. Se observa que en esta carta, que es circular, además de Gregorio, poseedor actual de la silla de Antioquía, se nombra tambien á Anastasio, á quien el Pontífice no dejaba de reconocer; y aun escribió al Emperador que si no se permitiese á este obispo espulso volver á su iglesia, se le enviase á lo menos á Roma con el uso del Palio (1). En la pro-

(1) *Lib. 1. Epistol. ep. 24. et 27.*

fesion de fe que contiene, segun costumbre, la carta circular, declara el santo Papa, que recibe los cuatro concilios generales y los venera como á los cuatro Evangelios. „El mismo respeto, añade, tengo al quinto, en el que ha sido condenada la supuesta carta de Ibas: convencido Teodoro de que dividia la persona del Mediador; y reprobados los escritos de Teodoreto contra San Cirilo. Yo no admito á las personas que no reconocen estos venerables concilios, y recibo todas las que ellos honran; porque estando sostenida su decision por un consentimiento universal, aquel se pierde sin perjudicarles, que se atreve á ligar á los que aquellos desatan, ó á desatar á los que ligan.” Es evidente que San Gregorio habla aquí del asunto de los tres capítulos como se reconoce universalmente; luego este santo y sabio Pontífice no miraba esta condenacion como un negocio particular y sin consecuencia para la Iglesia universal. Se seguia de esta inteligencia igualmente falsa y temeraria, que los cismáticos vivamente estrechados por San Gregorio, no estaban sin embargo obligados á someter su juicio á la Iglesia, cuando ésta condenó aquellos peligrosos escritos: consecuencia tan visiblemente cismática, como contraria á toda la serie de los procedimientos del mismo Santo sobre este asunto.

49. Este celoso Pontífice escribió á Teodelinda Reina de los lombardos, que era católica y que convirtió despues al Rey su esposo con toda la nacion de los lombardos. Hizo que pasase la carta por mano de

Constancio de Milán, que como obispo de la ciudad regia, podia conocer las disposiciones de la Reina y todas las circunstancias convenientes. Como se trataba de un concilio mirado con muy diversos ojos por los varios obispos de la Lombardía, no le pareció bien á Constancio presentar la carta del Papa á Teodelinda, para no esponerla á una perplejidad mas peligrosa que la ignorancia en que se hallaba. Aprobó Gregorio esta conducta, y envió otra carta, en la cual se contentó con hablar de los cuatro primeros concilios, y exigir que la Reina abrazase formalmente la comunión de su obispo. Si el sabio Pontífice no quiso interesar á una persona poco instruida, y que por su estado no debia serlo mas, en una discusion todavía obscura en una parte de los países católicos y sobre la cual fácilmente podia engañarse, fue porque el comun de los fieles no siempre está obligado á conocer cuales son los puntos particulares de doctrina decididos por la Iglesia, ni abjurar todos los errores de una manera esplicita. Pero si añade en esta misma carta á Constancio, que no se ha tratado de la fe en el quinto concilio, no entiende otra cosa sino lo que habia dicho Pelagio en su carta al Rey Childeberto; á saber, que en tiempo de Vigilio no se habian definido nuevos dogmas de fe, que no estuviesen ya decididos en el concilio de Éfeso ó en el de Calcedonia; en una palabra, que todo lo que el quinto concilio tenia de particular, era la sentencia acerca de la persona de tales y tales obispos muertos en el seno de la Iglesia, pero cuya doctrina conteni-

da en escritos publicados con su nombre habia sido condenada.

Gregorio procedió con tanta severidad con los obispos que continuaban defendiendo los tres capítulos, que aquellos recurrieron al Emperador Mauricio, quejándose no solo de las violencias egercidas por el exarca Esmaragdo, sino también de que el Papa habia enviado órdenes para que fuese conducido á Roma Severo, arzobispo de Aquileya y cabeza de los cismáticos, á fin de procesarle allí canónicamente. Estaban tan convencidos de la firmeza del santo Pontífice sobre este punto, que añadieron hablando de él: no podemos reconocer por juez al que es nuestro contrario, y cuya comunión evitamos.

50. Pero lo que en estas circunstancias manifestó el santo Pontífice desear con mas ardor, fue la conversion de los lombardos. Su Rey Eutaris, al que habian elegido despues de un interregno de diez años, habia muerto como su predecesor sin dejar hijos. Su viuda Teodelinda, amada de la nacion, habia sido declarada su heredera, aunque hija de un Principe extranjero como lo era el Rey de Baviera, y dejaron á solo su arbitrio la elección de Rey (1). Esta, pues, se casó con Agilulfo, duque de Turin, uno de los treinta que habian retenido la autoridad durante la anarquía; pero exigió que antes abjurase el arrianismo. La nacion de los lombardos que parece haber seguido débilmente la heregía, como todo principio de religion, siguió tan fácilmente el egeemplo de sus

(1) *Paul. hist. cap. 16.*

Soberanos, que en muy poco tiempo no se vieron arrianos entre ellos. Sus conquistas las prosiguieron con no menos ardor; pues en breve las posesiones del imperio en Italia se redujeron á Roma, Ravena, Nápoles y algunas plazas de menos importancia, que quedaron en un estado lastimoso; y el Papa para no ver á su pueblo en el mas funesto desastre, se vió obligado á encargarse tambien del cuidado temporal del estado. Ariulfo, duque lombardo de Spoleto, llegaba hasta Roma saqueando y egerciendo las mayores crueldades, de suerte que el tierno Pastor cayó enfermo de pesadumbre. El exarca de Ravena no podia sostener la guerra, y no queria hacer la paz. El Papa despues de haber presentado las disposiciones del Emperador, hizo la paz por los romanos. Exigieron sumas exorbitantes; pero nada parecia demasiado oneroso al caritativo Pastor para que respirase por último su desgraciada grey, y halló medio de satisfacerlo todo.

51. Tenia entonces la santa Sede grandes posesiones en Italia, Cerdeña, Sicilia, y hasta en África. Ningun trabajo juzgó Gregorio indigno de su persona para tener todos estos fondos en buen estado. No podemos menos de admirar la solícitud paternal con que atendia á la inmensidad de estos cuidados, no obstante la importancia de las demás ocupaciones suyas. „Hemos sabido (1), escribia al subdiácono Pedro administrador de los bienes en Sicilia con otros clérigos inferiores á él, hemos sabido que nuestros súbditos

(1) *Lib. 1. Epist. ep. 42.*

labradores padecen vejaciones en la paga del primer plazo de sus rentas, y que no habiendo vendido todavía sus frutos, se ven precisados á tomar empréstitos con grande interés. Por esto os mandamos que de los fondos de la Iglesia les deis lo que hayan tomado prestado á extranjeros, y que recibais su paga poco á poco, á medida que puedan satisfacer; no sea que los frutos suficientes para cumplir de este modo no lo sean, si estrechándoles se les obliga á venderlos á vil precio. Sabemos tambien que se cobran derechos excesivos por los matrimonios de los labradores; y ordenamos que este derecho no pase de un sueldo de oro para los ricos, que sea menor con los pobres, y que siempre se convierta en beneficio del arrendador sin entrar en nuestras cuentas." Este derecho era puramente de señorío, y formaba una especie de tributo pagado por estos labradores medio siervos.

Habiéndose quejado un abad de que los habitantes de unas tierras de la iglesia romana en la misma Sicilia, (porque su patrimonio era de los mas grandes en aquella provincia) querian apoderarse de una tierra del monasterio, mandó el sabio Pontífice al subdiácono que fuese á examinar este negocio en el lugar mismo, y que abandonase la pretension de la iglesia romana si el monasterio se hallaba en posesion por espacio de cuarenta años (1).

52. Pero el mayor cuidado de Gregorio era principalmente el buen uso de estas rentas, las que empleaba con una caridad tan generosa como atenta.

(1) *Ibid.* ep. 9.

Como deseaba imitar al sabio y santo Papa Gelasio, siguió en el estado de los patrimonios de la Iglesia, conforme lo habia dispuesto aquel Pontífice. Redujo las rentas á dinero, y le distribuía entre el clero, los domésticos de su casa, los monasterios y las diversas iglesias, ya fuesen patriarcales, diaconías ó simples oratorios. Estas liberalidades no se limitaban á la ciudad de Roma ni aun á la Italia, sino que se extendian á las provincias mas remotas. En el palacio de Letran se guardaba un libro grande que contenia el nombre, edad y estado de todos los pobres matriculados desde mucho tiempo antes, á quienes el Papa Gregorio continuaba socorriendo (1). El primer dia de cada mes distribuía en especie, conforme á la estacion, trigo, vino, legumbres, carne, tocino, pescado, aceite y queso. Todos los dias en cada calle hacia distribuir las provisiones convenientes á los enfermos, por medio de oficiales establecidos para esto espresamente. Antes de comer enviaba una parte de los manjares á pobres vergonzantes. Su mayordomo convidaba todos los dias de orden suya á su mesa á doce extranjeros, entre los cuales se dice que recibió una vez á Jesucristo, y otra á su ángel tutelar. A pesar de todos estos cuidados, se halló un dia un pobre muerto en el rincon de una calle escusada; cuya desgracia atribuyéndola á sí mismo el santo Papa, se abstuvo de celebrar los sagrados misterios durante muchos dias. Era de un natural tan generoso y tan liberal, que en ciertas ceremonias se complacia en hacer

(1) *Joann. Diac. lib. 2. cap. 24.*

servir refrescos, acompañados de presentes á las personas constituidas en dignidad; pero solo en cuanto esta beneficencia, tan propia para ganar los corazones, no perjudicase á los necesitados.

Bien diferente Gregorio de los grandes que hacen liberalidades con una mano y exacciones crueles con la otra, lejos de desear recibir, se complacia en mil ocasiones en perdonar lo que se le debía; y siempre desistia con admirable facilidad de sus derechos por poco que se creyesen algun tanto onerosos. No conocia la economía sino para su propia persona: su vida era tan simple, ó por mejor decir tan pobre, que casi desdecia de su carácter. Por su caballeriza puede juzgarse del resto de su casa. „Me habeis enviado (escribia al que cuidaba de proveerla) un mal caballo y cinco buenos asnos. No podré montar en el caballo, porque es malo; ni en los asnos, que por mas buenos que sean, son asnos. Enviadnos alguna cosa que sea de uso, y de nuestro uso (1).”

53. Tal es una parte de los cuidados exteriores de este gran Papa, no obstante las ocupaciones incomparablemente mas laboriosas que le ocasionaba su modo de gobernar la iglesia romana, su inspeccion patriarcal sobre todas las de la Italia y del oriente, y el manejo de los negocios de la Iglesia universal. Ejercia toda la jurisdiccion metropolitana sobre la parte meridional de la Italia, donde no habia otro arzobispo. Aunque le hubiese en Sicilia y demás islas, como las iglesias dependian allí especialmente de la santa

(1) *Lib. 12. Epist. ep. 30.*

Sede, tenia sobre sí una infinidad de cuidados, especialmente en lo que concernia á la eleccion y conducta de los obispos. Algunos habitantes de Rímmini eligieron por su obispo á cierto Odoatino, y le enviaron con una relacion conforme á sus intenciones; pero el sabio Pontífice no quiso consagrarle, y les mandó elegir otro. Si alguna inquietud y recelo le acongojaba sobre este particular, daba comision á personas seguras para presidir á las elecciones. Quería que los obispos fuesen elegidos de la misma iglesia vacante, si fuese posible. El electo iba á Roma á hacerse consagrar, llevando el decreto de su eleccion y las letras del visitador apostólico. Véase aquí por qué en la lista de las ordenaciones hechas por los Papas, se hallan muchos mas obispos que presbíteros ó diáconos: consagraban obispos para toda la Italia, y muchas veces para otras provincias, y solo para la iglesia romana ordenaban los demás ministros.

54. Demetrio, obispo de Nápoles, fue depuesto por crímenes que merecian la muerte conforme al rigor de las leyes. Escribió Gregorio al clero, á la nobleza, á los magistrados y al pueblo, para que procediesen inmediatamente á la eleccion de obispo. Finalmente, previendo que las cosas no irian con la celeridad que él deseaba, visto lo delicado de las circunstancias, envió por visitador en este intervalo á Pablo, obispo de la pequeña ciudad de Nepi. Pablo, que amaba tiernamente á su pueblo, despues de haber estado algun tiempo en Nápoles, instó al Papa para que proveyese de un titular para esta iglesia, á